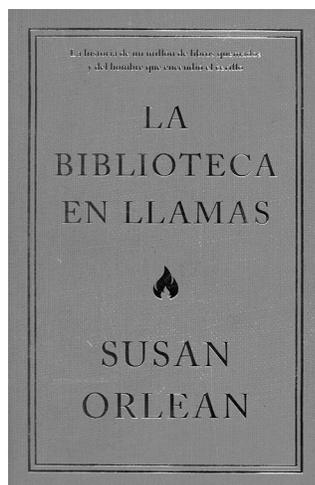


ORLEAN, SUSAN.

La biblioteca en llamas : historia de un millón de libros quemados y del hombre que encendió la cerilla.

Susan Orlean; traductor Juan Trejo.—Barcelona : Temas de Hoy, 2019. 398 p. il. ; 22 cm. ISBN 9788499987224



Biblioteca Universitaria, vol. 22, núm 2, julio-diciembre 2019 – Vol. 23, núm 1, enero-junio 2020, pp. 221-223.
DOI: <https://doi.org/10.22201/dgb.0187750xp.O.O.1001>

Susan Orlean es una periodista y escritora estadounidense. Trabaja para la revista The New Yorker desde 1982 y ha publicado artículos en Vogue, Rolling Stone, Esquire y Outside

Para quien no está vinculado directamente con el mundo de las bibliotecas, un libro que trate sobre la historia de una de estas entidades seguramente le parecerá denso –o de menos– poco atractivo; de ninguna manera es el caso del libro de Susan Orlean *La biblioteca en llamas*, el cual es inspirador para todas las personas que diariamente están cerca de los libros y además, a través de una clara destreza, atrapa a todo aquel que tiene la suerte de tener en sus manos un ejemplar.

La narrativa es ágil, fiel a los hechos reales, con trabajo profundo de investigación, hilada a partir de una sensible vivencia personal de la autora, que nos lleva a un acontecimiento poco conocido, ya que coincide con el desastre de la planta nuclear de Chernóbil, ocurrido el 26 de abril de 1986, en la central nuclear Vladímir Ilich Lenin, ubicada en el norte de Ucrania.

Es extraordinario descubrir como una ciudad como Los Ángeles es capaz de detener su frenética actividad para hacer una cadena humana que permita el rescate de su patrimonio cultural, entendiendo que la biblioteca es una colección de narraciones que como especie nos acerca a la inmortalidad, una torre de libros es un tótem simbólico al que podemos recurrir no solo por información, sino para resguardar la mente del caos imperante en el entorno.

A través de este libro recordamos a Ranganathan (bibliotecario indio, 1892-1972, creador de la clasificación facetada y considerado padre de la bibliotecología en la India) y aplicamos una de sus leyes donde nos damos cuenta que las bibliotecas son un gigantesco ser vivo, infinito y comunitario, que posee dentro de sí tal cantidad de conocimiento que podría a manera de ciencia ficción convertirse en un ente con inteligencia propia. No se trata solo de un almacén de libros, es un lugar de encuentro, refugio, contención, formación; un bien público.

RESEÑAS

La autora nos lleva –casi sin que nos demos cuenta– por la historia de la biblioteca de Los Ángeles, lo que es igual a llevarnos por la historia de California, de Estados Unidos de América y del mundo. No es exagerado afirmar que los vaivenes históricos moldean las decisiones, las formas físicas, los contenidos, los servicios, los programas, los alcances, las visiones y las misiones de las bibliotecas, tan es así que una biblioteca será el reflejo de una sociedad y un momento histórico, así de viva está.

Mas no sólo encontramos eventos macros, el libro nos muestra el impacto de las bibliotecas en la vida de sus directores y cómo la microhistoria y cosmovisión de cada uno de ellos se ve reflejada en el trabajo que realizan.

Desde Mary Foy, la primera bibliotecaria que fue despedida a pasar de su reconocida labor porque la junta municipal consideró que no necesitaba tanto el empleo como su sucesora, hasta Szabo, que es un apasionado que reconoce la necesidad de dar atención a los cientos de indigentes que visitan la biblioteca; pasando por la locura de Lummis, que con su carisma atrajo a nuevos usuarios, nuevos proyectos e igual cantidad de problemas; o la aguerrida Kelso, que se atrevió a poner en estantería un libro censurado y que enfrentó a la junta del ayuntamiento y al señalamiento público.

Cada uno de ellos, desde su perspectiva y recursos, protegió el derecho de los usuarios a la información, defendió ese derecho como una necesidad que nos distingue como humanos, comprendiendo que cuando hay problemas se recurre a las bibliotecas como un hogar seguro, de tal suerte que la Biblioteca Central de Los Ángeles abrió sus puertas cuando se necesitaba un centro de extracción de sangre, cuando las personas dejaban dentro de las páginas de los libros mensajes que sabían que podían ser peligrosos, mensajes anhelantes en espera de un giro del azar que los llevara hasta esa persona perdida.

Los libros estaban prestos cuando la gran depresión era apabullante y era un consuelo poder llevarse de forma gratuita un libro en préstamo, porque se podía carecer de casi todo, pero el acceso al conocimiento seguía siendo una alternativa al alcance de la mano; la biblioteca estaba ahí prestando su espacio y materiales durante la Segunda Guerra Mundial para que el ejército aprendiera sobre los alemanes y sus alcances tecnológicos y científicos.

La biblioteca también estaba cuando una alarma por fuga de gas sacó a cientos de personas de sus hogares y les brindó refugio.

Es evidente que los problemas sociales atañen a las bibliotecas, porque los límites entre una y otra cosa están dibujados solo por muros porosos que filtran los temores y necesidades de las comunidades que las albergan.

El evento catastrófico que marca profundamente la historia de la Biblioteca Central de Los Ángeles, y el cual da pauta a la autora, es el incendio del 29 de abril de 1986, con duración de siete horas y treinta y ocho minutos, en donde cuatrocientos mil libros fueron consumidos por el fuego y setecientos mil más fueron severamente dañados por el humo y el agua; lo equivalente a más de una docena de bibliotecas de tamaño estándar.

El lugar continuó caliente después de cinco días, los bomberos se vieron obligados a usar tal cantidad de agua que los ingenieros que revisaron el lugar tenían miedo de que el peso del agua provocara socavones; pero, además, determinaron que el incendio había sido provocado.

La quema de libros intencional es un hecho repetitivo en la historia. En 1933 el partido nazi, sabiendo lo fundamental que son los libros, organizó en la plaza de la Ópera de Berlín lo que se conoce como Feuersprüche (hechizo de fuego), en donde se quemaron entre veinticinco mil y noventa mil libros escritos por judíos, lo que representó una tortura psicológica para “el pueblo del libro”, y como lo predijo el poeta alemán Heinrich Heine: “Allí donde se queman libros, acaban quemándose hombres”.

En 1954 la Convención de La Haya creó un tratado para la protección del patrimonio cultural en caso de conflictos armados, lo cual no impidió que Mao durante la llamada “Revolución cultural” mandara quemar todos los libros, excepto los escritos por él, Marx y Lenin; o que los Jemeres Rojos quemaran los libros de la Biblioteca Nacional de Camboya; o que el ejército iraquí quemara la mayoría de las bibliotecas de Kuwait en 1990; o que casi doscientas bibliotecas ardieran en Bosnia y el noventa por ciento de la Biblioteca Nacional de Sarajevo fuera destruida.

Cabe destacar que lo ocurrido en la Biblioteca Nacional de Los Ángeles no fue un acto en tiempos de guerra, aunque ver arder libros es ver la desaparición de las ideas con las que no estamos de acuerdo, lo cual se aplica de igual manera en tiempos de relativa paz y de abierta guerra. Acabar con los libros que hablan de una cultura o una idea no solo representa su muerte, es pretender que nunca nació.

Harry Peak es el hombre señalado por los investigadores como el culpable del incendio; los expertos trabajaron arduamente para reunir pruebas, pero ¿qué motivó a este hombre sin aparente resentimiento social a un acto de tal magnitud?

Orlean, de una forma muy peculiar, nos proporciona a través de su extraordinaria investigación todos los elementos para conocerlo. *La biblioteca en llamas* es un material imperdible

Cuando un pueblo pierde su memoria se pierde a sí mismo y quien no conoce la historia la repite, de ahí la importancia de la conservación del patrimonio cultural. ■

MARY CARMEN RIVERA ESPINO

Secretaría Académica,
Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información, UNAM